

Honesta autocrítica y nuevos desafíos
(Simposio *¿Qué paz es posible?* 2011)

María Beatriz Delpech

El Simposio convocado por ISER el miércoles 14 pasado fue un espacio que dio para muchas cosas. Probablemente por prejuicios, muchas veces pensé que de estos encuentros se esperaba un intercambio de frases vacías y bien educadas, que resalten los puntos en común (muchos de ellos intencionalmente teóricos) que disimulen las diferencias. Hay razones para sospechar que, en ocasiones, las diferencias son vistas como obstáculos para la construcción de la unidad y el consenso y, por temor, se tiende a esconderlas. Pero este no fue el caso, por suerte, y los que asistimos a las seis disertaciones nos retiramos estimulados a la reflexión por la controversia, la sinceridad, el escepticismo, la revisión histórica, la esperanza de cambio, los proyectos.

Entre todos estos elementos y por mera preferencia personal, quiero resaltar especialmente una de las frases que se oyeron, que decía algo así como: ¡qué bueno Argentina! Precisamente porque nuestro país, con sus virtudes y defectos, da lugar a estos intercambios en los se tocan temas dolorosos, temas urgentes, temas que sensibilizan o que invitan al auto-análisis.

La consigna en torno a la cual se organizó el encuentro preguntaba: ¿qué paz es posible? y exigía hacer un aporte desde el diálogo interreligioso. La mayoría faltó a esta consigna, pero no podía hacer otra cosa. La única forma de responder a la cuestión de la paz es desde los lugares en donde nos sentimos interpelados por la pregunta misma. Y es por esto que hablar de la paz exige que hablemos de nosotros mismos y del mundo, desde nuestras preocupaciones y trabajos. Cómo hablar de la paz posible sin apelar a las herramientas que están al alcance de las religiones para garantizarla; cómo no hablar del fracaso de las religiones para constituirse como marco interpretativo para la acción colectiva; cómo no analizar las instituciones y los individuos; cómo no hablar de los derechos humanos y los proyectos de las Naciones Unidas; cómo no tratar de entender la paz como recurso contra la violencia; cómo no hablar de una pedagogía que la contrarreste; cómo no ser escéptico respecto de los Estados; cómo no recordar las contradicciones en las que cada religión ha caído para plantear la necesidad de una ética global a partir del perdón y de la búsqueda del significado en la tierra; cómo no revisar el rol de la propia religión de pertenencia en la historia de nuestro país y rememorar la importancia de la ‘justicia, memoria y verdad’; cómo no exigir un *mea culpa* para que la paz sea posible; cómo no hablar de la justicia y la mediación, que es uno de los tantos diálogos que construyen la paz social.

Y después de todo, todavía falta más. Falta explicar cómo actuar con compromiso y no desde una religiosidad *light*; hay que profundizar sobre el concepto de ‘verdad absoluta’ sin ceder ante el relativismo; cabe todavía luchar contra el individualismo para reconstruir la confianza en las instituciones tanto seculares como religiosas. Nos quedamos pensando cómo es que la ley permite promocionar el evangelio y si esto es esperable para alcanzar la paz social. Quedamos preocupados porque deconstruir el modelo contrario a la paz puede ser malinterpretado y seguimos sin saber cómo hacerlo por fuera de las organizaciones mundiales. ¿Es peligroso hablar de la purificación de la memoria? ¿Cómo se purifica y qué es lo puro? Nos llevamos la idea de las diferentes memorias, pero nos falta aun problematizar cómo hacerlas convivir cuando hay memorias que parecen inconmensurables.

De los temas tratados y los puntos de vista expuestos nos quedamos con un sabor agri-dulce, el mismo sabor que dejan las preguntas que nos presentan un verdadero desafío. Nos encontramos con temas sobre los que hay que seguir trabajando y profundizando, y nos enfrentamos a la frustración de la falta de resultados hasta el momento. Pero también gustamos

las mieles de haber dado pasos firmes hacia nuestros objetivos. Celebramos la posibilidad y el espacio que suscitan todas estas reflexiones y que invitan a sumarnos a este desafío. Directo de los concursos de belleza norteamericanos, la 'paz del mundo' es una trivialidad vacía que repiten las aspirantes a Miss Algún Lugar. Pero en este encuentro cada uno de los participantes ha decidido tomársela en serio y a su modo, nos interpela a hacerlo también. Es de crucial importancia continuar este diálogo, que es interreligioso pero que es algo más, porque es verdaderamente ambicioso y pretende dar con las claves para alcanzar nada más, ni nada menos que 'la paz del mundo'.